

que mercenarios sin disciplina ni fidelidad. Los antiguos legionarios habían conquistado el mundo con el pico y la espada; sus indignos sucesores eran incapaces de trazar un campamento. Las antiguas armas pesaban demasiado para su molición; querían escudos pequeños y los cascos menos pesados; aun en campaña pretendían vivir cómodamente y para conseguirlo embarazaban el ejército con un inmenso tren de bagajes y convoyes de víveres que los soldados no llevaban ya encima. El ejército romano no sabía ya marchar: meses necesitaron Constancio y Teodosio para llegar á los cuarteles de sus adversarios.

Esta degeneración de virtudes militares era ya un mal grave de suyo; pero todavía fueron más funestos los cambios en la composición del ejército. El temor de las conspiraciones senatoriales y la necesidad de retener al curial en sus numerosas é interesantes funciones, hubieron de decidir á los príncipes á prohibir el servicio militar á la nobleza del Estado y de las ciudades. Con esto, el ejército se reclutó al principio en las ínfimas capas de la población, de donde salían aun algunos romanos; pero en el siglo cuarto, pidió ya sus soldados á los bárbaros. Un germano costaba poco al gobierno, que al mismo tiempo vendía muy cara á los poseedores la exención de suministrar reclutas. De esta manera hizo el tesoro un negocio que le dió ganancia doble; pero este expediente financiero privó al imperio de tropas nacionales. Francos, alamanos, godos y vándalos mandaban el ejército romano, y mandaban soldados del mismo origen, que á menudo violaban el secreto de las expediciones, mientras sus tráfugas enseñaban al enemigo la disciplina romana, le fabricaban armas y le revelaban las circunstancias propicias para la invasión de una provincia.

La guarda del imperio estaba pues confiada á los que habían de desmembrarlo. ¿Sabemos las defecciones que hubo en la jornada de Andrinópolis, aquella segunda batalla de Canas, en que una parte del ejército huyó sin haber combatido?

Desde Augusto, habían creído los emperadores poder atajar la barbarie trasportando bárbaros á la orilla izquierda del Rin y á la derecha del Danubio. Con un ejército verdaderamente romano, muy bien se hubiera podido conjurar el peligro; pero vino á ser tremendo con un ejército de bárbaros, cuyos jefes nombrados por el príncipe, duques, condes, miembros del consistorio imperial, hasta cónsules, tenían en sus manos la suerte del imperio. La invasión pacífica estaba hecha en las provincias y en los cargos y funciones antes de la invasión violenta: la una había preparado la otra. Jordanes llama á Teodosio «el amigo de los godos»; el emperador merecía este título: Alarico, que tomó á Roma, había sido uno de sus generales.

A ejemplo del príncipe, la Iglesia les abrió los brazos; y de aquellos hombres, cuya profunda degradación mostrará Gregorio de Tours, hacía ya una raza predestinada. En breve un elocuente sacerdote exclamará al ruido del imperio que se hunde: «¡Saul destronado y maldito, mira á Roma! ¡David bendito y triunfante, mira á los bárbaros!» Hemos tenido mucho tiempo la ingenuidad de repetir estas palabras de Salviano que reiteran siempre los descendientes de aquellos grandes y espantosos destructores; para ellos, el mundo no ha conocido más que dos civilizaciones: la de la antigüedad y el *Germanenthum*.

¿Pudiera haberse evitado este destino?

Sí, hasta cierto punto; si Augusto, Trajano y Adriano hubieran tenido herederos en lugar de indignos sucesores. Pero hay en los negocios humanos una fuerza, fuerza de las cosas, de que se sirven los hábiles y todo lo arrastra, cuando ambiciosos vulgares reemplazan á los hombres de

experiencia y mérito. La monarquía oriental del Bajo Imperio procedía del principado semi-republicano de Augusto, y el establecimiento de una administración innumerable fué consecuencia del poder absoluto del príncipe, que por llevar á todo el orden, á todo llevó su voluntad, sus agentes y el servilismo.

Las dilapidaciones de una corte fastuosa, los innúmeros sueldos de un ejército de funcionarios, los subsidios suministrados á los bárbaros para que se mantuvieran en paz y suministraran soldados, en fin, la enorme destrucción de capital hecha por las revoluciones internas y las invasiones de afuera obligaron á aumentar los impuestos. La propiedad territorial, el comercio, la industria gimieron bajo este peso abrumador, y la usura devoraba sin cesar lo que el fisco había economizado: por eso las poblaciones miraban sin interés á un gobierno que las arruinaba sin defenderlas.

En efecto, habían mostrado su reconocimiento y gratitud por aquella *pax romana* que á todos les permitía vivir tranquilamente á la sombra de la parra ó de la higuera, y tuvieron sordo enojo y maldiciones contra príncipes que dejaban á los bárbaros recorrer impunemente las provincias como manadas de animales bravos.

El horizonte de los espíritus se estrechaba y las gentes se encerraban en su ciudad. «El ateniense decía: ¡Oh ciudad predilecta de Cécrope! Y tú no puedes decir: ¡Oh ciudad predilecta de Júpiter!» Esto decía Marco Aurelio; pero por más que dijera, continuaban los súbditos siendo ciudadanos de Tours, de Sevilla, de Alejandría ó de Efeso y no lo fueron del imperio, mostrándose insensibles ó indiferentes á los daños que los demás sufrían.

Uno de los últimos poetas de Roma se engaña lastimosamente cuando glorifica á la ciudad eterna por haber hecho de un mundo una ciudad: *Urbem fecisti quod prius orbis erat*. Las mil ciudades del imperio, extrañas unas para otras, no tenían esa comunidad de sentimientos que da un solo corazón á millones de hombres desconocidos entre sí. Pero todas y cada una sentían pesar sobre su frente la onerosa omnipotencia del Estado. A pesar de los lazos, frágiles y pesados á la vez, con que la administración había envuelto á la sociedad, todo, todo se fué trozo á trozo bajo la mano de los bárbaros, y el imperio, coloso fabricado con granos de arena, el imperio cayó. Aislamiento municipal, centralización excesiva; dos males igualmente funestos. La Grecia murió por causa del uno, el imperio por causa del otro, ó más bien por causa de los dos, como quiera que padeció al mismo tiempo esta doble y gravísima enfermedad social. Se retrasa este fin al año 476; pero la vieja Roma murió mucho más antes: Teodosio fué verdaderamente el último de los emperadores romanos. Después de él, no hubo ya más que sombras en el trono de Occidente: el Oriente es el imperio bizantino y la Edad media comienza, porque los germanos están ya en todas partes, y el espíritu de Gregorio y Bonifacio reina en la Iglesia.

XII. — RESULTADOS DE LA DOMINACIÓN ROMANA

¿Ha muerto enteramente el pueblo romano?

A los imperios les sucede lo que á los individuos: los unos y los otros viven con honor en la memoria de los hombres sólo por las grandes obras que han realizado. Santuario del arte y del pensamiento, la Grecia, como su poeta, es todavía

joven de gloria é inmortalidad.

En la primera parte de su historia se ven los felices efectos de una política progresivamente liberal; en la segunda,

las funestas consecuencias del poder absoluto rigiendo una sociedad servil con una administración venal.

Es el alma misma del imperio que ha pasado á las monarquías de la Edad media; que después del desmembramiento feudal, ha reconstituido las grandes sociedades, dando la idea de una organización superior; que hizo tomar á los descendientes de Alarico y Badagaso el título de jefes del sacro imperio romano, y decir á San Luis: «Si quiere el rey, si quiere la ley;» palabras que algunos soberanos repiten aún. Dos principios romanos han hecho á los reyes dueños de la justicia por las apelaciones, y de la ley por el poder legislativo: *Constitutio principis legis vicem habet*.

En la Europa moderna se ha imitado su organización administrativa, que enseñó á conducir grandes multitudes de hombres, y ciertos reinados copiaron la corte de Bizancio, que los envolvió á ellos también como con un sudario. Pero otros, recordando una de las más antiguas instituciones romanas, tomaron en sus manos el protectorado popular, *tribunicia potestas*.

Las antiguas legiones de Roma, con su disciplina y sus obras, tendrían que dar aun lecciones á nuestros ejércitos; pero no se podrían pedir á las legiones de Teodosio, que eran turbas de bárbaros más bien que cuerpos de ejército.

Su derecho sobrevivió á la invasión y rebasó las antiguas fronteras del imperio: los reyes bárbaros lo dejaron á sus súbditos como ley personal; en Alemania conservó todavía un valor jurídico, y ha inspirado muchas de nuestras leyes.

Sus juriscónsultos echaron los verdaderos fundamentos de la justicia y de la moral social, al poner al frente de sus libros esta definición del derecho, formulada por Celso: *Jus est ars boni et aequi*; ó los tres preceptos de Ulpiano: *Honeste vivere, alterum non ledere, suum cuique tribuere*.

Tomaron pues á pechos la causa de los débiles, dieron derechos á los que no los tenían, condenaron la tortura, quince siglos antes que nosotros, y declararon estado contrario á la ley natural la esclavitud.

Su régimen municipal que nos transmitió reglas administrativas aun aplicadas, duró más tiempo de lo que se cree. Los cónsules de Marsella, de Arles, de Nimes, de Narbona, Tolosa, etc., eran los herederos de los duunviros, que habían tomado el nombre y las insignias de los cónsules de Roma. Y no hay nada común, siquiera sea un recuerdo remoto, entre los estados de nuestras provincias del Mediodía, en la Edad media, y las asambleas provinciales, cuya existencia seguimos desde los primeros hasta los últimos días del imperio?

Una de nuestras recientes leyes, que autoriza á muchos departamentos á concertarse en gestión de un interés común, se encuentra en el Código Teodosio. Por una dichosa inconsecuencia, del cúmulo de ruinas hechas por el despotismo, han salido algunas de nuestras ideas de justicia social, y acaso también nuestras primeras libertades.

Nosotros no podemos volver á la constitución de la familia ni á la de la ciudad, como existían entre los romanos. La ciudad de los primeros siglos del imperio era aun una república, y la familia un reino que el padre, sacerdote para todos los suyos por los *sacra privata*, gobernaba con potestad absoluta. Pero ¡cuántos ejemplos de abnegación patriótica, de sumisión á la ley, de generosas liberalidades con los ciudadanos, no se encuentran en la historia de su régimen municipal! ¡Cuán fuerte era la familia y cuán respetado el padre, á pesar de las transformaciones del antiguo derecho! Ciertas virtudes que disminuyen ó descaecen en nuestros días podrían enardecerse y reanimarse en el hogar de aquel antiguo pueblo.

La extensión del imperio romano, el espíritu que la filo

sofía griega había infundido en él, el movimiento monoteísta que arrastraba las inteligencias ilustradas y la misera condición de la numerosa clase de los *humiliores*, habían facilitado la propaganda cristiana. Las primeras comunidades de fieles vivieron al amparo de la ley sobre los colegios ó asociaciones funerarias, y la Iglesia utilizó el molde de las instituciones imperiales para establecer su jerarquía, como conservó tantos usos paganos, que le llevaron poco á poco los pueblos. Las ciudades vinieron á ser obispados; las provincias circunscripciones metropolitanas; las asambleas provinciales sínodos eclesiásticos; más tarde, en fin, heredará el papa la infalibilidad legal de los emperadores. Roma suministró muchos materiales á la construcción del inmenso edificio que debía abrigar tantas generaciones, y en que reina aun su espíritu dominador.

En cuanto á la ciencia teórica no hizo nada Roma: el tiempo de las grandes conquistas sobre la naturaleza no había llegado todavía; respecto á las artes y las letras, botín de guerra traído á orillas del Tíber, si está en segundo grado, á lo menos lo ocupa honrosamente. Fidas no nació en ninguna de las siete colinas, ni hay más que un Partenón.

Sin embargo, copiando y todo los templos, las estatuas y las medallas de la Grecia, dieron los romanos grande importancia á elementos de arte que Atenas y Corinto despreciaban ó desconocían, el arco y la bóveda, por ejemplo, que en los buenos días del desarrollo del arte helénico, no se emplearon (1). Bien edificaron los romanos, como los griegos, templos cuadrangulares; mas para sus grandes capitales, para las necesidades de su imperio y las diversiones de sus ciudades, construyeron arcos triunfales, el domo del Panteón, acueductos, circos, anfiteatros; y aquellas vías militares que llevaban tan rápidamente sus legiones y su voluntad á los extremos del mundo, y sobre grandes ríos, aquellos puentes, que no todos hemos restablecido; y el Coliseo, y las Termas de Caracalla, montañas de piedra, que gravitan pesadamente, pero con tanta majestad, sobre el mito, que pudieran tomarse por un símbolo ó figura de la grandiosa dominación romana.

En estas obras, la Grecia no tiene nada que reclamar, todo lo más, la mano que ejecutaba, no el espíritu que había concebido. Grecia había creado, después de Egipto y Oriente, una nueva arquitectura religiosa; Roma creó la arquitectura civil, é hizo comprender la necesidad de las grandes obras públicas. El mosaico es también un arte romano (2).

Si en las letras no fué más que un eco de la Grecia, en cambio civilizó todo el Occidente, por cuya cultura no habían hecho nada los griegos. Su lengua, que dió origen á los idiomas de las naciones latinas, suele ser en ciertos casos el medio de comunicación entre los sabios de todos los países, y sus libros, como se elijan bien, serán siempre los mejores para la alta cultura intelectual. Por excelencia han merecido el título de *litterae humaniores*, es decir letras que hacen ó forman á los hombres. Leyendo un ilustre cardenal los *Pensamientos* del emperador Marco Aurelio, exclamaba con verdadera sorpresa: «Mi alma está más roja que mi púrpura contemplando las virtudes de este gentil.»

Supongamos á Roma aniquilada por Pirro ó por Aníbal,

(1) La bóveda exige pilares poderosos, macizos inertes en que se gastan inútilmente para el efecto general de la obra, fuerza, espacio y materiales. El genio sobrio de la Grecia se había negado á esta prodigalidad.

(2) Los mosaicos que se han descubierto en Francia, en Inglaterra y en Africa, son ya bastante numerosos, y todavía se encuentran con mucha frecuencia otros nuevos.

antes de que Mario y César hubieran rechazado del Occidente á los germanos: en este caso, la invasión germánica se hubiera consumado cinco siglos antes, y como no hubiera encontrado ante sí más que otros bárbaros, habría cerrado la noche de los tiempos sobre el mundo, Dios sabe para cuántos siglos de universal barbarie.

Verdad es que cuando aquel pueblo hubo puesto la mano en los tesoros de los sucesores de Alejandro, el escándalo de las orgías romanas superó, durante un siglo, todo cuanto había podido verse en el fondo del Oriente: sus placeres fueron sangrientos juegos ó representaciones inmundas, y su espíritu, fortalecido un momento por la filosofía griega, fué á perderse en el misticismo oriental.

En fin, después de haber amado la libertad, aceptó el despotismo, como si hubiera querido asombrar el mundo con la inmensidad de su corrupción, tanto como con la grandeza de su imperio. Pero ¿no conocieron otros tiempos el servilismo en las almas, la licencia en los espectáculos, la ruidosa depravación de las costumbres, que existe siempre donde quiera que se encuentran y asocian la ociosidad y el oro? A los legados de Roma, que acabamos de enumerar hay que añadir otro que hemos de poner entre los más notables. A pesar de la piedad poética de Virgilio y de la credulidad oficial de Tito Livio, la nota dominante de la literatura latina es la indiferencia de Horacio, cuando no la audacia de Lucrecio. Para Cicerón, Séneca, Tácito y los grandes jurisconsultos, la más imperiosa de las necesidades fué la libre posesión de sí mismos, la independencia del pensamiento filosófico que debían á la Grecia.

Este espíritu, hijo de la razón pura, fué casi sofocado durante la Edad media, y reapareció, cuando volvió á encontrarse la antigüedad: desde aquel día, se puso en marcha el renaciente mundo, y en esta nueva senda, Francia, heredera de Atenas y de Roma, fué mucho tiempo su guía, para el arte, en sus más bellas formas, para el pensamiento, abriéndose á la luz.

En una medalla de Constantino, preséntale su hijo un globo dominado por un Fénix, símbolo de la inmortalidad. El ave sagrada, que renace de sus propias cenizas, es propiamente el emblema de aquella vieja Roma, muerta hacía quince siglos y viva siempre por su genio. *Siamo Romani* (1).

(1) Es el nombre que se dan con orgullo los transtiberinos.

Los dos primeros tomos de esta obra se publicaron por primera vez en 1843 y 1844; el tercero estaba preparado para salir también á luz en 1849; pero tratándose en él del establecimiento del imperio por César y Augusto, como una consecuencia necesaria y por tanto legítima, de la oligarquía romana, temí que pareciera un libro de circunstancias y lo encerré en un cajón. El profesorado de la Escuela Normal y el de la Escuela politécnica, la Inspección general y otras altas funciones debidas á una augusta confianza, de que siempre guardaré grato recuerdo, me impidieron volver á este trabajo antes del 4 de setiembre. Esta historia de los romanos me ha ocupado mucho tiempo. Gibbon termina su gran obra con un adiós melancólico y altivo al antiguo compañero de su vida: yo no tengo su legítimo orgullo; pero tampoco tengo su tristeza, porque no me separo todavía de este libro, amigo mío también. Sin cesar será menester mejorarlo. Por los descubrimientos que se hacen diariamente ¿no es la historia una continua renovación?

FIN DE LA OBRA

INDICE

DE LOS CAPITULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO

	Páginas		Páginas
Desde Augusto hasta el advenimiento de Adriano		II.—Administración de Tiberio.—Seyano.—Muerte de Druso (19-23).	95
CAPÍTULO LXVII			
ADMINISTRACIÓN DE AUGUSTO EN LAS PROVINCIAS			
I.—Reparto de las provincias entre el emperador y el senado.—Nuevo carácter del gobierno provincial.	5		
II.—Reformas rentísticas.	7		
III.—Reforma religiosa.	11		
IV.—La asamblea provincial.	17		
V.—Organización de las provincias del imperio.	20		
VI.—El comercio.—Prosperidad del imperio.	26		
CAPÍTULO LXVIII			
ORGANIZACIÓN DE LAS FRONTERAS			
I.—Frontera del Este y del Sur.	31		
II.—Frontera del Rin y del Danubio.	35		
CAPÍTULO LXIX			
LOS ÚLTIMOS AÑOS DE AUGUSTO Y LA SUCESIÓN AL IMPERIO			
I.—La familia imperial.	44		
II.—Tiberio asociado al imperio (4 de J. C.).— Muerte de Augusto (14).	46		
III.—El testamento de Augusto.	48		
CAPÍTULO LXX			
LAS LETRAS, LAS CIENCIAS Y LAS ARTES EN TIEMPO DE AUGUSTO			
I.—El siglo de Augusto.—Las letras.	53		
II.—La ciencia.—Las artes.	62		
III.—El derecho y la arquitectura.	63		
CAPÍTULO LXXI			
LA OBRA DE AUGUSTO Y EL CARÁCTER DEL NUEVO IMPERIO			
I.—Augusto hace una revolución inevitable, pero no la organiza.	69		
II.—Elementos desdeñados por Augusto en la organización del imperio.	70		
III.—Consecuencias de las instituciones de Augusto.	75		
IV.—Esfuerzos impotentes para restaurar la antigua sociedad.—El principado de Augusto es una monarquía absoluta con apariencias republicanas.	77		
NOVENO PERÍODO			
Los Césares y los Flavios (14-96). Conspiraciones y guerras civiles. Diez emperadores y siete de ellos asesinados.			
CAPÍTULO LXXII			
EL REINADO DE TIBERIO HASTA LA MUERTE DE DRUSO (14-23)			
I.—Buenos comienzos de Tiberio.—Germánico (14-19).	81	II.—Administración de Tiberio.—Seyano.—Muerte de Druso (19-23).	95
CAPÍTULO LXXIII			
AISLAMIENTO, PELIGROS Y CRUELDADES DE TIBERIO (23-37).			
I.—La ley de lesa majestad y los delatores.	100		
II.—Destrucción de la familia de Germánico.—Caída de Seyano.—Crueldades de Tiberio (29-37).	104		
CAPÍTULO LXXIV			
CALÍGULA Y CLAUDIO (37-54).			
I.—Calígula (37-41).	110		
II.—Tentativa de restauración republicana. Claudio (41).	115		
III.—Los libertos.—Reformas y obras públicas.	117		
IV.—Administración provincial y guerras.	121		
V.—Mesalina.	125		
CAPÍTULO LXXV			
NERÓN (13 octubre 54 - 9 junio 68)			
I.—Quinquennium Neronis.	132		
II.—Asesinatos y orgías.	139		
III.—Incendio de Roma. Los cristianos.	147		
IV.—Las conspiraciones y ejecuciones.—Séneca.—Lucano.—Trasea.—El estoicismo.	152		
V.—Vindice.	158		
CAPÍTULO LXXVI			
TRES EMPERADORES EN DIEZ Y OCHO MESES (junio 68 - diciembre 69).			
I.—Galba.	164		
II.—Otón.	168		
III.—Vitelio.	172		
CAPÍTULO LXXVII			
VESPASIANO (69-79).			
I.—Guerra de los bátavos (69-70).	179		
II.—Guerra de Judea (66-70).	182		
III.—Vespasiano (69-79).	189		
CAPÍTULO LXXVIII			
TITO Y DOMICIANO (79-96).			
I.—Tito (79-81).	199		
II.—Domiciano (81-96). Buena administración de los primeros años.	203		
III.—Crueldades durante los últimos años de Domiciano.	210		